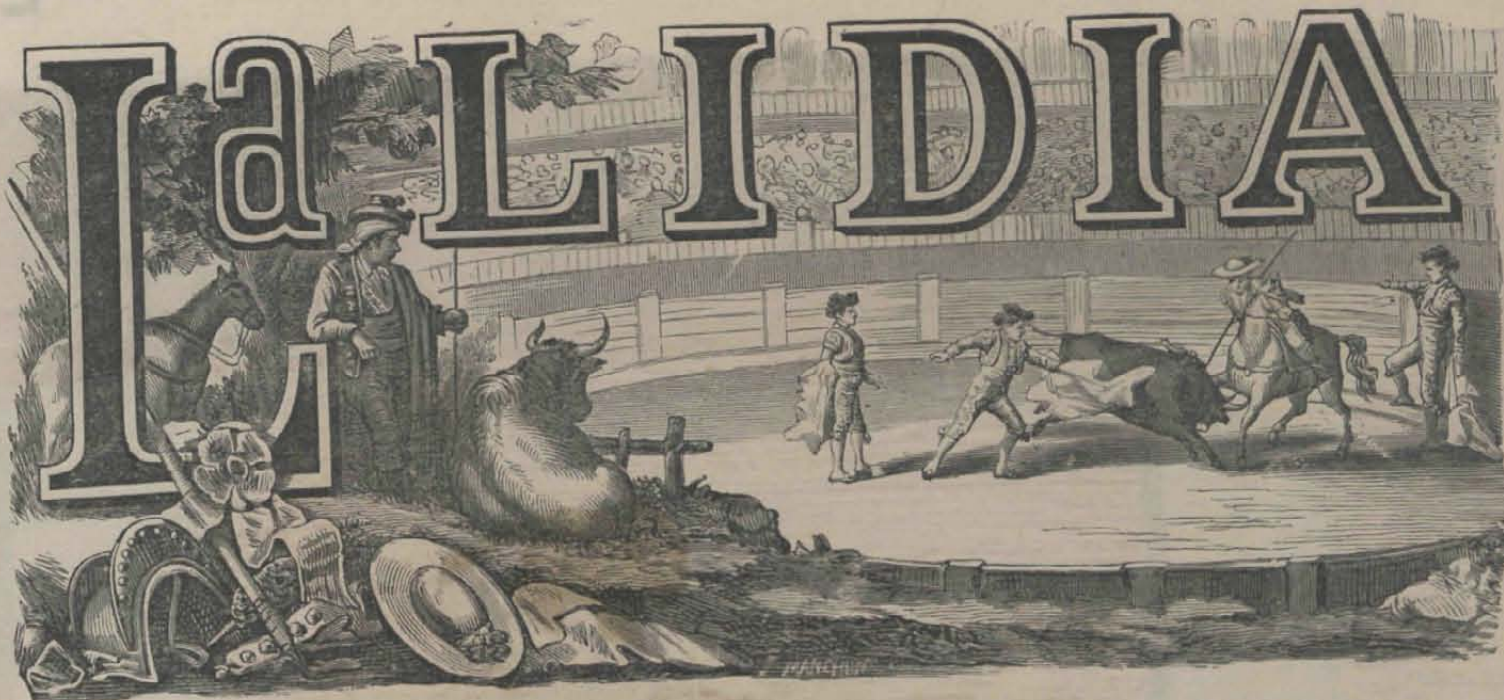


NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS.

REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

NOTA BENÈ.

Hablemos un poco en latín para que los toreros nos entiendan.

El éxito alcanzado por nuestro número prospecto ha sido muy superior al que nos habíamos figurado, y eso que nos prometíamos gran cosa de la gente de gusto, de los buenos aficionados, y de todos los partidarios de nuestra fiesta favorita.

Seguiremos en el camino emprendido y desde luego prometemos hacernos cada vez más dignos de tanta generosidad y benevolencia.

Acabamos de encerrar en nuestra carpeta, para irlos dando a luz en los siguientes números, una serie de curiosísimos apuntes y revistas hechas por el lápiz inteligente de *un aficionado*, en presencia de cada corrida de toros verificada en la Plaza vieja de Madrid, cuando la célebre competencia de *Curro-Cúcharas* con *El Chiclanero*.

¡Cuánto tendrán que aprender los toreros de hoy de la faena de aquellos matadores, y sobre todo de la enseñanza de dichas cuartillas!

Antes de nuestro saludo a la Presidencia para dar comienzo a nuestra *LIDIA*, *Alegrias* tiene el gusto de saludar a todos sus compañeros en la prensa que se ocupen ó se hayan ocupado de toros y toreros, y con mucha especialidad al inteligente y saleroso revistero de *El Imparcial*, el señor *Sentimientos*, siquiera por la relación que existe entre ambos apellidos.

JOSÉ SANCHEZ DEL CAMPO
(CARA-ANCHA).

Ya lo ve el lector; no se trata de un Campos a secas, sino de todo un D. José que lleva un del en su apellido como el primero de nuestros más enconpetados aristócratas. Es la primera vez que la coleta roba ese timbre preciado al rizo dispuesto con cierto *sic* y arte sobre la frente del gomoso. ¡Ni aun los privilegios del nombre ha respetado la democracia! Y en efecto, consultado el árbol genealógico de la familia de los Sanchez en Algeciras, resulta que allí nació

nuestro joven matador en el año 1850, descendiente de D. Juan Sanchez del Campo y de Doña Trinidad Boullosa, resultando también ser apadrinado en la pila bautismal por todo un señor Comisario de guerra.

La familia decidió años más tarde que el niño Pepe emprendiera la carrera de las armas, y no escaso porvenir se prometían de aquella imaginación precoz y vivaracha, de aquel valor casi impropio de sus primeros años y sobre todo de aquella figura esbelta, elegante, mucho mejor apropiada a guardar un espíritu femenino que no un ánimo templado y sereno para las luchas de Marte.

El pequeño Campos no fué por fin militar; su padre había muerto víctima de una repentina dolencia, y por única herencia había legado tres hijos a la desconsolada viuda, de los cuales Pepe era el mayor. Doce años contaba entonces, y ya era edad suficiente para que su madre y sus hermanos pudieran comer el pan de su trabajo. Hubo necesidad de ello, y trabajó.

Cuantos oficios podían despertar para un joven si no el afán de lucro, por lo menos el deseo de atender con lo necesario al sostén de su familia, otros tantos emprendió; así es que sucesivamente fué platero, y más tarde dorador, y luego pintor, y luego... dejó de ser todo esto, porque el jornal era muy corto, la familia larga, y tratabase de una madre ya anciana a quien sostener y de unos hermanos pequeños cuya carrera y porvenir le estaban encomendados.

Cierta día de San Eustaquio, y en ocasión que la madre de Campos echaba de menos a su querido hijo por el largo tiempo que había faltado de casa, algunos indiscretos vecinos vinieron a darle la grata nueva que su hijo había llegado, y que acompañado de cuatro amigos suyos, muy pronto se presentaría ante su vista.

Y en efecto, así fué; el joven Campos presentóse al poco rato ante la consideración de su madre, que le abrazó... gritando desaforadamente, lanzando ayes de un inmenso dolor y cubriendo el rostro de su hijo con besos y con lágrimas.

El cuerpo de Pepe venía teñido en sangre, el traje que le cubría casi hecho trizas y el pecho sembrado de duros golpes.

Cuatro amigos, en efecto, le venían acompañando; eran los mismos que llevaban aquel cuerpo herido sobre sus hombros.

—¿Qué es esto? gritó la madre, toda llorosa y fuera de sí.

—Acabo de recibir mi primer bautismo de sangre, dijo el enfermo. Me estoy ensayando en lidiar novillos, y hoy ya sé los perances de mi nueva faena. El oficio apenas nos da para salir adelante, y he cambiado de profesión... ¡Quiero ser torero!

Estas fueron las palabras de una ilusión que hoy tocan ya la realidad.

¡Ilusión del joven diestro que la vió realizada en sus comienzos por un doble bautismo; el de la sangre del referido novillo, y el de las lágrimas de su madre!

El año de 1868 le vimos pisar por primera vez el redondel de la plaza en Sevilla; al poco

tiempo ingresó como banderillero en la cuadrilla de Antonio Carmona.

Tuvo el chico la suerte de llamar la atención, se le aplaudió con exceso, y desde aquel momento, como dice uno de sus biógrafos, un inmenso público le dió la credencial de torero bravo, atrevido y sereno.

Mas no bastaba esto; era preciso que la suerte suprema del toreo, la suerte de matar, le fuera haciendo creer que había nacido para mejores cosas, y el *Gordo* no le podía enseñar, ni la oportunidad en el herir, ni la manera tan *en corto* y *derecho* como debía hacerse.

Bien pronto formó parte de la cuadrilla del matador cordobés Manuel Fuentes *Bocanegra*, que le cedió algunos toros para estoquearlos, sirviéndole esto de aprendizaje para lo que él se proponía.

En 1873 ya le vemos pasar a Lisboa como jefe de cuadrilla; allí prodigó todo lo que sabía, y aun creemos que fué la capital de Portugal un ensayo provechoso para su carrera. Los lances de capa, los rehiletes a *porta de gallota*, los quiebros en la silla y de todos modos, fueron por él practicados con singular esmero.

A su regreso a España siguió trabajando en clase de banderillero. La plaza de Sevilla, testigo de sus primeros pasos en el difícil arte de Montes, fué también testigo del loro anhelante de sus aspiraciones. Allí recibió la alternativa el día 27 de Setiembre de 1874 de manos del reputado diestro Manuel Domínguez.

En Mayo de 1875 se le confirmó en Madrid el espada *Lagartijo*.

Desde entonces ha venido trabajando en las primeras plazas de España; pero sin nombre, sin representación, como torero de segundo orden.

Todo lo que hoy es, lo que hoy vale, la esperanza mas bien que el sólido prestigio de que viene rodeado, debelo a una aureola de gloria que parece haberle cercado hace unos cuantos meses.

Si se tratara de un autor dramático, diríamos que solo dos cosas habían contribuido al repentino éxito de su nombre: el lugar de la acción, y el segundo acto del drama. Para *Cara-ancha* ha sido este lugar la autorizada plaza de la Corte, y su acto, el trabajo de la segunda temporada.

De aficionado con ribetes de torero, de espada baladí y casi adocenado, ha despertado en un momento todas las esperanzas de un público.

¿Cómo se explica esta transformación?

Ayer oscurecido, indiferente; hoy segundo espada de nuestro redondel, casi temido por los que con él empezaron, casi envidiado por los que le precedieron... Nos atrevemos a suponer que ha existido en el ánimo del joven matador otro nuevo impulso, segunda voz secreta parecida a aquella que le habló junto al lado de su madre cuando se decidió por tan difícil arte.

«¡Quiero ser torero! dijo entonces, y ahora ha debido añadir: ¡Quiero ser uno de los primeros!»

¿Se cumplirá esta segunda profecía? Ese es el secreto de su porvenir, del porvenir del arte que ejerce, y de nuestro legítimo entusiasmo.

LA LIDIA.



Lit. de J. PALACIOS,

SUERTE DE VOLAPIE.

Arenal 27 MADRID.

En las primeras corridas de la anterior temporada anduvo torpe, receloso, ¿por qué no lo hemos de decir? desconfiado de sí mismo delante de la cara de las reses. El público premió esta ineficaz conducta con marcadas muestras de desagrado. Pero hubo una tarde, tarde feliz para *Cara-Ancha* y para los buenos aficionados, que Campos, avergonzado de sí propio, se fué junto a los mismos cuernos de un toro noble y querencioso, a su tiempo extendió el rojo trapo junto al hocico de la res sin *alejamientos* ni *curaduras*, un legítimo cambio fué su primer pase, seguido de dos admirables de *pecho* lió al punto en debida forma la muleta, se *enhió* en corto y frente al testuz del animal, citó con el pié y esperó; el toro arrancó furioso para alcanzarle, el espada quebró lo suficiente, y una soberbia estocada *por todo lo alto* y *recibiendo* fué el digno coronamiento de esta hermosa faena.

Desde entonces nació el torero, se rehizo su nombre, empezó toda su carrera.

En las tardes que sucedieron a aquella, nos enseñó cómo sabía *parear en corto* y *quebrar* en la cabeza, y dar volapiés hasta la mano sin *cuartearse*, y hasta *capear* con mano ágil y maestra.

Su despedida de Madrid fué saludada con estrepitosos aplausos.

¿Por qué viene ahora el novel matador?

¿Por los silbidos, las muestras de encono ó desagrado de su primera temporada, ó los éxitos y las ovaciones de la segunda? El nos lo va á decir.

De su comportamiento depende que el público confirme su fallo, dándole entrada en el camino de las eminencias ó facilitándole tan solo el de las medianías.

Cuando trascurra algún tiempo, á ver si podemos decir de *Cara-Ancha* lo que Montes afirmaba del *Chiclanero* cuando fué testigo de sus primeros triunfos: *Empezó este chico como muchos, pero cá á acabar como muy pocos.*

INAGURACION DE LA TEMPORADA.

Corrida extraordinaria celebrada en Madrid en la tarde del 9 de Abril de 1882.

Durante la víspera, gran animación en la calle de Sevilla y sus alrededores. El kiosco que sirve de despacho, asaltado de continuo por los *inocentes* que creen fácil presenciar una primera corrida de temporada sin contar con los revendedores. Son las seis de la tarde, y los espadas de cartel se pasean ufanos por aquellos sitios, seguidos de una multitud de curiosos.

El papel anda por las nubes, pero ¿qué importa! el español no repara nunca en los precios cuando se trata de toros, y sobre todo puede acostarse tranquilo... ¡El cielo está estrellado!

Llegó el domingo. ¡Qué felicidad! Son las cuatro de la tarde y el cielo se presenta limpio y sereno; algunas nubes y algunas gotas de agua llegaron á turbar momentos antes la esperanza de los que en los días de lidia no separan un momento sus ojos de la bóveda celeste. Ahora parece que el mismo Sol toma parte en la fiesta.

Al hacer el Presidente, D. Francisco Martínez Brau, la señal, el rubicundo Febo, como diría un poeta, ilumina el anchuroso circo y sus destellos prestan doble vistosidad al paseo de las cuadrillas, que aparecen en la arena saludadas por los aplausos de los espectadores. SS. MM. ocupan el palco régio.

El cambio correspondiente de capotes... llévase á cabo la importante misión del *Buñolero* y la lidia comienza.

Pisa la arena el primer toro de la tarde llamado *Tintorero*, retinto oscuro, listón, algo regular de carnes y bien puesto. Toma con coraje la primera vara de Fuentes, no así las que le siguieron, por haber pinchado José Calderón en lo bajo y más, lo cual le valió al desafortunado picador una lluvia de naranjas sobre su cabeza y la retirada del redondel, por orden de la autoridad. *Colita* y Fuentes picaron de nuevo, perdiendo éste dos caballos en la refriega. Aquel dejó parte de la pica clavada junto al morrillo de la res. A parear salieron el *Gallo* y Juan Molina; el primero cogió medio par al cuarteo y otro medio á la media vuelta; intentó sesgar y no le fué posible porque el toro recelaba en los tableros; el

Molina salió del paso con un par cuarteando de *los regulares* y nada más.

Llegó la hora de matar; Rafael coje sus trastos y se dirige al *retinto*, al cual saludó con dos pases naturales, cuatro de telón, uno alto y siete con la derecha; líta el trapo y señala un pinchazo *á su modo*, no diremos al volapié, en su sitio. Algunos pases más precedieron á una estocada baja, *alias* golleteazo.

El diestro vestía naranja y negro, color igual al del traje de sus pasadas glorias. ¡Cuántas veces le vimos en la Plaza vieja en días que vestía con ese mismo gusto llevarse las palmas del público!... Más vale no recordarlo, y así pasaremos al segundo de la tarde, que era retinto como el anterior, rebarbo, de encornadura apretada, descompuesto en la acometida, y se llamaba *Zapatero*; siete puyazos llevó de Calderón, y dos de Fuentes, que en uno de ellos se *desgaró* más bien que le picó. Este picador sufrió una fuerte caída, y tal vez el toro le hubiera proporcionado mayor susto si el capote de *Lagartijo* no hubiese estado tan á tiempo. El público premió este quite con merecidas palmas.

Después de una vara de Fuentes y en este primer tercio de la lidia, el diestro *Cara-Ancha* al llamar con el capote al toro para obligarle á una pica, fué embrocado y enganchado por el animal, sufriendo una cogida que le ocasionó una herida en el costado derecho.

Entre el *Barbí* y Manuel Campos adornaron el morrillo de la fiera con tres pares de los buenos. *Lagartijo* substituyó á *Cara* que se hallaba en la enfermería, y tras cinco naturales, dos con la derecha, dos altos y uno en redondo se tiró con una *dolorosa*. Uno natural y dos con la derecha precedieron á un volapié que resultó ido.

Por *Atrévado* respondía el tercero, que era castaño, delantero y algo listo de piés. *Gallito* le intentó tomar de capa, pero no quiso escuchar palmas para el que había de deberle su muerte. De pasada tomó tres varas de *Colita* y cuatro de Fuentes, que marró en dos y cayó en una. *Cuatro-dedos* puso dos pares buenos al cuarteo, el primero de ellos de lo mejor de la tarde, y Galindo un par chinesco, no con tanto arte como su compañero. Los clarines le anunciaron al *Gallo* el cumplimiento de su obligación, y vestido de manzana con oro, toma los trastos de matar y se dirige á *Atrévado*. Le dá de primera intención un buen cambio, después tres pases naturales y dos de telón; el toro se cuadró oportunamente, y *chico*, aprovechando, se tiró en regla al volapié con una media estocada en el sitio de la muerte. Aplausos merecidos. El animal se echó á la segunda caricia de *Pasera*.

Barbero era el nombre del cuarto bicho; su pelo era retinto, albardado, veleta de cuerna y de buena voluntad. Calderón y *Colita* pusieron cuatro varas, Bartolesi tres, perdiendo un caballo. Con motivo de un quite, dió el *Gallito* una larga desde el tendido número 2 al 8, llevándose al toro casi pegado á las costuras del capote; al cambiar por segunda vez de terreno, resbaló y cayó delante del animal. Mariano Anton libró al chico de mayor perance. Juan Molina y el *Gallo* adornaron al de *Bañuelos* (porque bueno es que digamos que los toros eran de esta ganadería) con tres pares cuarteando, de los de día de trabajo. Rafael empuña por tercera vez el estoque y se presenta á la fiera para propinarle tres naturales, dos altos y un cambio, sufriendo una peligrosa colada. Esta faena fué seguida de una estocada hasta la empuñadura, pero contraria é ida.

Corucho ocupó el quinto lugar; era retinto, claro, bien puesto y de piés. Saltó por frente al 2 y 4 tan pronto como le pusieron la primera puya. Calderón puso cinco varas y *Colita* marró una vez. Manuel Campos puso primero medio par y luego uno desigual: el *Barbí* uno á la media vuelta. *Lagartijo*, sustituyendo de nuevo á *Cara-Ancha* va en busca del colmenareño, que se huía á cada paso, y tras cinco con la derecha y tres altos le dá un pinchazo andando; después dá dos altos y se pasa sin herir; por fin dos altos y uno con la derecha son el preámbulo de una caída, de la que se echó el toro.

Cerró plaza *Cabrero*, retinto, listón, buen mozo y mejor armado. *Colita* y Bartolesi cumplieron con siete varas á cambio de una caída y pérdida de un caballo. Galindo puso un par de banderillas al cuarteo y otro á media vuelta, y *Cuatro-dedos* medio al relance y otro á la media vuelta.

La faena del *Gallo* puede resumirse diciendo que dió veintiseis pases de todas clases y condiciones, que dió varios pinchazos, dos medias estocadas y una bajísima sin soltar y andando, y que por fin terminó con una honda y delantera á volapié.

Hasta aquí los detalles de la corrida.
APRECIACION. Aparte del natural disgusto por la cogida del simpático diestro *Cara-Ancha*, el público ha salido

hoy de la corrida triste, desanimado, casi prometiéndose no presenciar la segunda de la temporada. Aunque hemos de hablar caro á los lidiadores, bueno es que consignemos que los toros del Sr. Bañuelos, en su mayor parte, no se han prestado á muchas de las suertes que hubieran satisfecho la afición del espectador. Por lo general, han sido recelosos, descompuestos, con tendencia al segundo y quinto á la huida, y el tercero y sexto á coger el bulto.

¿Pero disculpan estos defectos de las reses la conducta incomprensible de los matadores? Ciertamente que no.

Lagartijo he vuelto á presentarse en la Plaza de Madrid con los mismos defectos, si cabe más exagerados, que le notábamos en la anterior temporada. Sus pases no son aquellos antiguos pases de defensa y castigo con que sabía burlar á la res y excitar con aquellos la admiración de los espectadores. Ni un cambio de oportunidad, ni un quiebro cuando el animal se presta á ello, ni un solo pase de *pecho* de esos que pudiéramos llamar de maestro, le hace ejecutar su ya agotada espontaneidad y su creciente indolencia. Cuando llega á cabeza de la res; el brazo ha medido ya toda la distancia cuando se encuentra cerca, la *curvadura* del cuerpo le ha hecho perder todo el mérito de la suerte. ¿Es Sr. Rafael que por llamarnos *maestro* y por tener limpia y renombrada historia podemos así abusar de las simpatías de un público, y torear delante de él como ni Dios manda ni el arte puede enseñar? ¿Y qué diremos de las estocadas? Todas enjendradas en el paso atrás y con aquel cuarteo que hace de la bonita suerte del volapié un juego de volatería. Si el *Tato* hubiera tomado por su cuenta el primer toro de la tarde le hubiese llevado á los tableros, que tal era su querencia, y allí le hubiese cuadrado con la perfección que sabía hacerlo, dándole á la fiera en *corto* y *derecho* una soberbia estocada por todo lo alto. ¡Se lo vimos hacer tantas veces con toros como los que á Rafael infunden ahora tanto miedo!

En el cuarto que mató, le vimos arrancar más derecho, de ahí que la estocada no tuviera mala dirección, pero su *inevitable paso atrás*, hizo que el estoque se apartara de su legítimo sitio. Nuestra censura, pues, prueba ineficaz conducta de diestro en la hora de la muerte, no así en la ejecución de algunos quites y sobre todo uno de compromiso hecho en la caída del picador Fuentes, en que estuvo admirable.

El *Gallo* nos dió á conocer las dos condiciones diferentes que le distinguen. En su primer toro, que era noble, querencioso y muy apropiado para sus facultades, estuvo guapo, fresco, valiente con la muleta en la mano; el cambio con que empezó su faena no fué de tanto mérito como otras veces. En su segundo, le vimos descompuesto, desconfiado, huyendo de la res, sin facultades para entenderse con aquel animal y lo que es más, sin inteligencia para saber lo que se traía. Verdad que el animal era de algún cuidado y tenía tantos piés como sobrada intención, pero ¿acaso la lidia ha de entenderse solo con toros nobles y boyantes? Para cuando arrancan del toril esos animales de poder y de sentido, sirven los verdaderos toreros, y gústale al público admirar entonces el riesgo en la ejecución, la maestría en el obrar, y la inteligencia del lidiador, venciendo y avasallando el mal instinto de las reses.

LA COJIDA DE CARA-ANCHA.

El suceso de la tarde ha sido la cogida de tan simpático diestro. En el toro segundo de la tarde, aquel que le tocaba matar, ocurrió tan desgraciado perance. Desenando el diestro que el animal tomase nueva vara, después de la salida de una de Fuentes, le tendió el capote para acercarle á los tableros, el toro acudió al engaño, pero al engendrar el derrote, *Cara-Ancha* se había acercado tanto que le fué imposible la salida. Embrocado y cojido por la fiera, le campaneó breves instantes en el testuz, hasta que lo arrojó lejos de sí, arrinconándole bajo el estribo de los tableros.

El espada se levantó pálido y desencajado, llevándose la mano al sitio del dolor. El asta le había penetrado por la región hipocondriaca, produciéndole una herida de 37 milímetros.

Conducido á su casa, fué llamado instantáneamente el Dr. Camison. Los pronósticos son reservados, aunque á última hora se aseguraba la ausencia de una inminente gravedad. Preguntado el espada en la enfermería si le causaba dolor la herida, á punto contestó.—¡Otra pena me aflige mucho más!

Era el afán de los aplausos, por los que sin duda iba ayer tarde el joven diestro.

ALEGRÍAS.

Imprenta de José M. Ducacal, Plaza de Isabel II, 6.

ANUNCIO.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

SE PUBLICA AL SIGUIENTE DIA DE CADA CORRIDA DE TOROS HABIDA EN MADRID.

Administración: Plaza del Biombo, 4, bajo.

Se admiten suscripciones exclusivamente para Madrid en las principales librerías y en la calle del Arenal, núm. 27, Litografía.

PRECIO: Por un trimestre..... 2 pesetas 50 céntimos.